Ciclo C

El Buen Samaritano

Domingo 15 del tiempo ordinario

Lucas 10, 25-37
Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?» Él le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?» Respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo». Díjole entonces: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás». Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?» Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto. Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: "Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva." ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» Él dijo: «El que practicó la misericordia con él». Jesús le dijo: «Vete y haz tú lo mismo».

Reflexión

Esta parábola es uno de los trozos más conocidos del Evangelio. Toca algo esencial del cristianismo: el amor al prójimo. Y Jesús presenta los hechos de una forma tan real y concreta, que ya ningún cristiano puede ignorar quién es su prójimo.

Todo empieza con la pregunta del letrado. Plantea el problema en el plano doctrinal. Pero Jesús no se deja envolver en un debate académico. Él introduce el problema por el cauce de la vida. No presenta una tesis, sino un hecho concreto. Y le obliga a su interlocutor, a escoger no una teoría sino una actitud práctica.

Al final no le pregunta: "¿Has entendido bien?", sino que le impone: Anda y haz tú lo mismo. El letrado había venido a discutir. Pero se va con una obligación bien precisa de actuar: de mover las piernas, no la lengua; de hacer funcionar el corazón.

¿*"Quién es mi prójimo"?* le pregunta el letrado a Jesús. Él quiere una receta, una especie de lista de las personas a las que hay que considerar como prójimo. Pero Jesús le da la vuelta a la pregunta. Le indica como él mismo puede y debe ser el prójimo de los demás.

No quiere responder cuál es el prójimo en pasivo, sino que quiere descubrir quién es el prójimo en activo. Cristo traslada el centro de interés. El doctor de la ley se pone a sí mismo en el pedestal; y a los demás los pone a su alrededor.

Pero el centro no es el yo, sino todo el que se encuentra en mi camino y tiene necesidad de ayuda, de comprensión, de amor. El problema fundamental del cristiano no es el de saber quien es su prójimo. Su problema esencial consiste en "hacerse prójimo", desplazando el centro de interés del yo a los demás.

El samaritano ha sabido colocarse en la perspectiva exacta, es decir, en la parte del otro, del necesitado.

Además, Jesús rechaza las diferentes categorías de prójimos, como las indicaba la ley. Anuncia un mensaje nuevo y original: todos los hombres son nuestros prójimos. No sólo hay que amar a los hermanos de raza o de religión. Hay que amar también a los extranjeros, e incluso a los enemigos, a cada uno de los seres humanos.

Pero la parábola es todavía mucho más chocante: Jesús elige a sus personajes, por una parte, entre los que aquel letrado considera como más sagrados: un sacerdote y un levita - y, por otra parte, entre los que tenía por más viles y despreciables: un samaritano.

Es la parábola más anticlerical del Evangelio. Jesús pone en escena a dos profesionales de la religión, a dos seres consagrados a Dios, dedicados a su servicio. Y sin embargo no se detienen. Seguramente están ocupados en cosas mucho más importantes; no pueden perder tiempo con este pobre desdichado.

Muy por encima de estos dos servidores de Dios, Jesús pone a un samaritano, es decir: a un hereje, a un cismático, a un hombre que para los judíos era todavía peor que un pagano, un enemigo tradicional por motivos religiosos.

Es un hecho de que con frecuencia se encuentra más corazón, más servicialidad y más compasión entre los que no creen, que entre los cristianos creyentes, pero endurecidos. ¿No será que la convicción de que se posee la verdad, endurece muchas veces los corazones?

¿No será que las prácticas religiosas nos hacen olvidar las obligaciones para con los hermanos? ¿No será que el celo por el primer mandamiento no garantiza en absoluto el pleno cumplimiento del segundo?

Porque de los dos grandes mandamientos, el único que nos garantiza de veras la entrada en la vida eterna, es el segundo. Sobre el girara el último juicio, porque su cumplimiento revela la sinceridad con que hayamos cumplido con el primero.

Esta ha sido siempre la actitud de la Virgen María: amar a Dios de todo corazón, pero amar también a los demás con el mismo amor, porque en cada rostro de hermano descubría el mismo rostro de su hijo Jesús.

Queridos hermanos, siempre hay alguien que me necesita en el camino. Porque por todos lados hay bandidos que le roban la dignidad, la esperanza, la libertad, la sed de justicia, la aspiración a la paz.

Hagamos que este hermano, despojado de todo, pueda descubrir que también en su camino se encuentra el amor: Un amor que sabe detenerse, que sabe perder el tiempo, que sabe darlo todo, como el samaritano de la parábola.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt